

de manera tan perfecta, que el concilio de Trento tomó de su reglamento la mayor parte de su decreto relativo á los seminarios episcopales.

Resumen de este capítulo. — Los dos medios de resistencia que los sumos pontífices pudieron oponer á los errores del protestantismo, fueron el concilio de Trento y la Compañía de Jesús.

I. Inmediatamente después de la condenación de Lutero, los papas se consagraron á la reforma de la Iglesia. Adriano VI reinó poco tiempo. Clemente VII fué estorbado en su empresa por las invasiones de los alemanes, que saquearon á Roma durante varios meses, pero Paulo III tuvo la suerte de poder convocar un concilio, que se celebró en Trento, y que duró cerca de veinte años, aunque con tres interrupciones. Bajo Paulo III (1545-1547) determinó esa asamblea el canon de las Santas Escrituras y la doctrina de la Iglesia tocante al pecado original y la gracia. En tiempos de Julio III (1551-1553), trató de la Eucaristía, la Penitencia y la Extremaunción, y bajo Pio IV (1562-1564) terminó su obra. Sus decretos dogmáticos y sus reglamentos disciplinarios fueron aprobados por el Sumo Pontífice en 26 de enero de 1564.

II. Las órdenes religiosas fueron los instrumentos de que se sirvió la Iglesia para combatir el error y propagar su doctrina. Las antiguas fueron reformadas, apareciendo además los oratorianos y otras órdenes nuevas. La más célebre fué la Compañía de Jesús. Fundóla San Ignacio de Loyola, quien se convirtió en 1511, pasó á París en 1527 y sentó las bases de su instituto en Montmartre en 1534. El sumo Pontífice agregó la nueva asociación en 1540, y San Ignacio, que fué nombrado general el año siguiente, no tardó en enviar misioneros á casi todos los puntos de la cristiandad. Á la vez que se entregaba á la predicación, la orden se consagró á la enseñanza, y en 1545 abrió su primer establecimiento. El colegio romano, que debía ser el modelo de la orden, fué instituido en 1550, y San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La orden contó entonces misioneros, predicadores, profesores, sabios y literatos célebres, y se distinguió tanto por sus publicaciones como por sus trabajos.

CAPÍTULO XXX.

GUERRAS RELIGIOSAS; FELIPE II; PAPEL QUE DESEMPEÑA EN EUROPA; INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS; GUILLERMO EL TACITURNO (1).

España disfruta bajo Felipe II de la preponderancia que le había adquirido en Europa el genio de Carlos V. Esta poderosa monarquía, al declararse resueltamente por la Iglesia católica, prestó importantísimos servicios á la verdadera fe. Felipe II fué el protector del catolicismo en toda Europa, y con tan glorioso título, estuvo á punto de alcanzar el imperio universal, en que parece haber soñado su ambición. En efecto, el momento parecía favorable: Portugal se hallaba en plena decadencia; Inglaterra y Francia estaban desgarradas por la guerra civil; Alemania se había separado en dos bandos; Polonia se hundía en la anarquía: sólo quedaba en pie vigorosamente el imperio de Felipe II, cuyos extensos dominios envolvían como una red todos los restantes Estados de Europa. Pero la Providencia no permitió que ese príncipe lograra realizar sus vastos designios, y hasta hizo fracasar la mayor parte de las empresas de ese soberano. La decadencia de la monarquía española comenzó en su reinado, para continuar rápidamente en los de sus débiles sucesores. Sin embargo, su influencia fué muy útil á la verdad, porque gracias á ella pudieron los católicos de todas las naciones contener los progresos del error, y porque su actitud enérgica impidió que penetrara en España la herejía.

§ I — *La reforma en los Países Bajos. Independencia de las Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno (1555-1579).*

Poderío y política de Felipe II. — En Europa no había monarca capaz de rivalizar en poder con Felipe II. Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos y el Franco Condado le obedecían. En África contaba las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias, las islas de Fernando Po y de Santa Helena; y por fin, Méjico, el Perú y las más hermosas regiones de América lo enriquecían con sus tesoros. Felipe decía sin

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de España y Portugal, consúltense: Weiss, *Historia de España desde el advenimiento de Felipe II*; Vertot, *Revoluciones de Portugal*; Schiller, *Historia de la insurrección de los Países Bajos*; Prescott, *Historia del reinado de Felipe II*; Teodoro Juste, *Historia de la revolución de los Países Bajos en tiempos de Felipe II*.

jactancia que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y sus súbditos repetían con orgullo: « Cuando España se mueve, toda la tierra se estremece. »

Felipe II esperó que con los innumerables recursos de que disponía le sería fácil lograr el imperio universal. Y como la reforma había sembrado gérmenes de discordia en Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados del Norte, se declaró protector de la religión católica, jactándose de restablecerla en todas partes y de hacer que el mundo se inclinase ante su grandeza. Pero la fortuna le fué infiel en sus empresas, y al morir dejó á su heredero un imperio menos poderoso y temible que el que Carlos V le legara.

Primeras turbulencias en los Países Bajos (1560). — Felipe dió principio á su reinado con la brillante victoria de San Quintín (1557) obtenida sobre Francia, de cuyo rey Enrique II logró además el ventajoso tratado de Cateau-Cambresis (1559); pero no tardó en hallar graves dificultades en el gobierno de los Países Bajos. Carlos V se había hecho amar de holandeses y flamencos favoreciendo su comercio; pero Felipe no heredó esa simpatía. Castellano de corazón, pareció tratar de someter á las leyes españolas aquellas opulentas ciudades, tan orgullosas de sus privilegios y costumbres. Así fué que confió á extranjeros las principales dignidades, estableció la Inquisición contra la voluntad del pueblo, y hasta ofendió al clero, instituyendo tres arzobispados y trece obispados que dotó con el producto de las abadías y monasterios. Esta última medida fué provocada por el cardenal Granvela, quien esperaba que multiplicando el número de obispos sería más fácil detener los progresos del protestantismo. Pero los reformados, que ya eran muy numerosos, sobre todo entre los bátavos, se burlaron del cardenal y llenaron el país de caricaturas en que lo representaban *empollando huevos de los cuales salían arrastrándose á gatas los obispos*. La nobleza se declaró también contra el cardenal, por creerlo instrumento de las despóticas voluntades de Felipe II. El príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, y los condes de Horn y de Egmont se unieron con los descontentos y pidieron á Felipe II que retirase las tropas

españolas establecidas en los Países Bajos, contra lo que disponían los privilegios de éstos. El rey cedió á sus reclamaciones y hasta privó de su autoridad á Granvela (1563), pero sin cambiar en nada la severidad de sus edictos.

Compromiso de Breda (1564). — En vano se manifestó al monarca español que era imposible perseguir á los herejes, por ser éstos demasiado numerosos; Felipe II reiteró sus órdenes á los gobernadores, y hasta publicó en las provincias trabajadas por el protestantismo los decretos del concilio de Trento, que varios Estados católicos se habían abstenido de promulgar por de pronto. Entonces se sublevaron todo el Brabante, Amberes, Bruselas y Lovaina. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó *compromiso de Breda*, y éstos pidieron á la gobernadora, Margarita de Parma, satisfacción á sus quejas. La princesa llena de espanto consintió en todo, pero el pueblo no tuvo en cuenta ninguna de sus concesiones. Antes bien, inflamado por las proclamas calvinistas, se precipitó en las iglesias de Saint-Omer, Gante, Amberes y Tournai, destrozó los altares y las imágenes, y restableció por la fuerza el culto reformado. En Flandes y el Brabante fueron profanados de ese modo más de 400 iglesias, y esas escenas se reprodujeron en Leyde, Utrecht, Amsterdam y las restantes provincias del Norte.

Conducta del duque de Alba. — En general, los nobles condenaron esos excesos. Todos los católicos que se limitaban á solicitar respeto para sus franquicias y privilegios, se alarmaron por esos desórdenes, agrupándose alrededor de Margarita para vengarse. Valenciennes y Cambrai fueron arrancados á los rebeldes, Amberes se sometió, y los autores de las últimas turbulencias abandonaron el país, conducidos por Guillermo, para ir en busca de apoyo á otras regiones.

Sin embargo, á instancias de Margarita, Felipe II se disponta á tratar las provincias flamencas con menos rigor. Pero el duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, manifestó en el consejo que la insurrección sólo estaba comprimida por el miedo y que

únicamente la fuerza podía vengar dignamente la majestad de la religión y del trono, ofendida por los rebeldes. Convencido por esas razones, Felipe lo nombró generalísimo, y lo envió con 20.000 hombres á contener á los brabanzones. El duque hizo su entrada en Bruselas, el 16 de agosto de 1567, en medio de un pueblo consternado, y Margarita partió para Italia, sentida por todos sus anteriores administrados, después de hacerle entrega del mando.

Tribunal de las turbulencias (1567). — El nuevo gobernador empezó por hacer arrestar á los condes de Horn y de Egmont, que encerró en Gante, haciéndolos ejecutar más tarde en la plaza pública. Después de eso, prendió al hijo del príncipe de Orange, que estudiaba en Lovaina, y lo mandó á España, donde estuvo prisionero veintiocho años. Por último, instituyó un consejo compuesto de doce jueces extraños al país y que los españoles llamaron *Tribunal de las turbulencias*, al paso que los brabanzones le dieron el calificativo de *Tribunal de sangre*, nombre que justificó con sus horribles sentencias. Diez y ocho mil personas murieron por mano del verdugo, y treinta mil vieron sus bienes confiscados; dictóse también sentencia contra el príncipe de Orange, pero éste huyó, alzando bandera de rebelión.

Triunfos pasajeros del duque de Alba (1568). — El príncipe de Orange no podía menos de encontrar partidarios. Los antiguos autores del *compromiso de Breda*, que habían tomado irónicamente el nombre de *mendigos*, cobraron aliento ante la persecución. Unos se escondieron en bosques y pantanos para entregarse al bandolerismo; esos eran los *mendigos de los bosques*; otros ejercieron por mar el oficio de piratas, y recibieron el apodo de *mendigos marinos*. Cuando Guillermo salió de Alemania con 6.000 jinetes y 14.000 infantes, vió presentársele multitud de aquellos aventureros italianos ó flamencos, y se unió con Luis de Nassau, su hermano, que acababa de obtener una victoria cerca de Groninga. Pero desgraciado en todas sus tentativas, sufrió dos derrotas y tuvo que licenciar sus fuerzas (1568). El duque de Alba volvió entonces á Bruselas, donde hizo entrada

triumfal, mandando que le erigiesen en Amberes, con los cañones tomados al enemigo, una estatua que lo representaba teniendo á sus plantas dos figuras, emblemas del pueblo y de la nobleza.

Nuevas causas de descontento (1569-1572). — Ese orgulloso monumento era causa permanente de disgusto. En vano dictó amnistía general, pues no le perdonaron su arrogancia ni su inhumanidad. La exasperación llegó á su colmo cuando trató de establecer un impuesto de diez por ciento sobre las mercancías. Los miembros de los Estados le hicieron repetidas advertencias sobre el particular; pero no quiso oírlos, pretendiendo que no tenía otro medio de sostener y pagar sus tropas. Ese fatal edicto fué publicado en 1571. Entonces se cerraron en Bruselas todos los almacenes, el mercado quedó desierto, y se organizó la insurrección.

Rebelión de Zelanda y de Holanda (1572-1573). — Ya se disponía el duque de Alba á castigar á los obstinados habitantes de Bruselas, cuando supo que los *mendigos marinos* se habían apoderado, en nombre del príncipe de Orange de la ciudad de Briel, en la isla de Wern (1572). Después de sus últimos reveses, el Taciturno se había refugiado en Francia, donde el almirante de Coligny, que era amigo íntimo suyo, le hizo observar que, no teniendo los españoles marina alguna en los Países Bajos, podían ser atacados ventajosamente por mar. Ese rayo de luz orientó de pronto la política de Guillermo, quien resolvió atraerse á los *mendigos marinos* y dirigir sus esfuerzos. Después de la toma de Briel, la insurrección se propagó rápidamente, y todas las ciudades de Zelanda abrieron sus puertas á los rebeldes, exceptuando la de Middelburgo. Holanda imitó ese ejemplo, y una asamblea de los Estados celebrada en Dordrecht declaró al príncipe de Orange *stathouder* ó gobernador de Holanda, de Zelanda, de Frisia et de Utrecht. En todas esas regiones fué establecido el calvinismo.

El duque de Alba deja el gobierno (1573). — Las circunstancias se hacían cada vez más difíciles. Los insurrectos, llenos de entusiasmo y animados por la esperanza de ser sostenidos por los reformados de

Alemania, de Inglaterra y Francia, se distinguieron por brillantes hazañas. Su audacia destruyó en las costas de Holanda una flota de 50 buques mandados por el duque de Medinaceli, sorprendiendo además veinte navíos cargados de pertrechos de guerra que el duque de Alba enviaba á Middelburgo. Los españoles vengaron esos reveses con el saco de las ciudades de Vaerden y de Harlem; pero Felipe II, que no aprobaba las crueldades, y sobre todo el orgullo con que el duque de Alba había hecho ostentación de sus primeras hazañas, le dió por sucesor á don Luis de Requesens.

Administración de Requesens (1574-1576). — Requesens no era el hombre que convenía para reparar el mal causado por la excesiva severidad del duque de Alba. Era sin duda, moderado, suave y humano, mas carecía de firmeza y no tenía autoridad bastante sobre sus soldados para mandarlos. Empezó por fracasar en su tentativa de socorrer á Middelburgo, que dejó caer en manos del príncipe de Orange. Su lugarteniente Sancho de Ávila rehizo un poco su fortuna con la victoria de Moker, en que murieron Luis y Enrique de Nassau (1574). Llegó hasta querer invadir la Holanda y la Zelanda (1575), pero no pudo ejecutar sus proyectos. Por cuatro veces se amotinaron sus tropas, reclamando lo que que se les debía, sin que en ninguna de ellas pudiera contenerlas su ascendiente. Viendo que Felipe II no le mandaba los fondos que le eran necesarios, tomó horror á su puesto, y murió de pesar en el sitio de Zeric-Zée, en la isla de Schowen.

Pacificación de Gante (1576). — En ese momento se hallaba en su período álgido el desorden. Las tropas no pagadas abandonaron las provincias marítimas para dirigirse hacia el Brabante. Los estados reunidos en Bruselas, aterrorizados por sus devastaciones, las declararon rebeldes, y de ese modo se encendió la guerra civil hasta en las mismas provincias españolas. Los descontentos se apoderaron de Maestricht y de Amberes, llenándolos de luto y desolación por espacio de tres días. Los Estados se unieron entonces á los protestantes contra los españoles y todos

de acuerdo juraron un tratado que se llamó la *Pacificación de Gante*.

Don Juan y sus inútiles hazañas. Guillermo el Taciturno (1577-1578). — Felipe II pensó que para restablecer su autoridad en los Países Bajos se necesitaba nada menos que el genio de Don Juan de Austria, vencedor de los moriscos en España y de los turcos en Lepanto. En consecuencia le ordenó que fuese á someter dichas regiones. El célebre gobernador, que recurrió primeramente á las negociaciones, aparentó aceptar la *Pacificación de Gante*, mostrándose favorable á la paz. Pero Guillermo reanimó la rebelión y se hizo declarar jefe del ejército por los estados reunidos. Sin embargo, celosos los nobles de su influjo, llamaron para ponerlo á su cabeza á Matías, hermano del emperador de Alemania, Rodolfo II. El Taciturno, que no podía menos de acoger con placer todo lo que tendiera á dividir á la casa de Austria, aceptó con placer esa idea, y la guerra dió principio otra vez. Don Juan ganó la batalla de Gemblours (1578), pero luego fué derrotado en Diemar. Poco más tarde murió, de manera tan rápida y extraña, que se ha acusado á Felipe II de haberlo envenenado (1578.)

Unión de Utrecht. Independencia de las Provincias Unidas (1579). — Después de la muerte de Don Juan, y bajo el mando de su sucesor Alejandro Farnesio, las provincias del Norte se aislaron del resto de los Países Bajos. Guillermo las excitó á coligarse, por haber notado en ellas cierta identidad de costumbres, de hábitos y de intereses que debían unir las perpetuamente contra España. El acto de unión se firmó en Utrecht el 25 de enero de 1579 por las provincias de Holanda, de Zelanda, de Utrecht, de Gueldre y de Groninga. Cinco meses después se adhirieron á ellas las de Frisia y Over-Yssel, y así quedó fundada la república de las siete Provincias Unidas.

§ II. — *Felipe II y España. Conquista de Portugal (1579-1598).*

Estado de España. — España se había visto tam-

bién amenazada de sufrir la invasión de las doctrinas luteranas y calvinistas. Agustín Gazagia propagaba las segundas en Sevilla, Valladolid, Toro y Palencia, mientras que el doctor Constantino de Sevilla difundía las luteranas por las principales ciudades andaluzas. Para cortar el vuelo al error, que hubiese encendido en España como en las demás naciones la guerra civil, Felipe excitó el celo de la Inquisición, que Fernando y Carlos V autorizaran, asistió en persona á un auto de fe en Valladolid, y dijo públicamente que no vacilaría en quemar á su hijo, si algún día llegara éste á incurrir en herejía.

En 1568 se propuso acabar con las divisiones religiosas que entonces existían en España, y con tal fin ordenó á los moros que cambiasen de idioma, y de traje, renunciando á sus prácticas supersticiosas, y adoptando la religión católica. Ese decreto provocó vasta insurrección; agitóse el reino de Granada, eligiendo rey á Mahomet Abén Humaya; fijáronse en la tierra cuatro estandartes vueltos hacia los puntos cardinales, y el nuevo monarca, con la frente inclinada hacia Oriente, juró fidelidad al profeta. Durante dos años, el marqués de Mondéjar persiguió á los rebeldes hasta en las inaccesibles montañas de las Alpujarras; pero disgustado por lo lento de esa guerra, Felipe II le quitó el mando para dárselo á su hermano natural Don Juan de Austria. Este nuevo jefe dió muerte á más de cien mil sublevados, aislándolos en las ciudades vecinas, y redujo á esclavitud los restantes (1570).

Conquista de Portugal (1581). — Felipe II reparó la pérdida de las Provincias Unidas con la conquista de Portugal. Después del reinado de don Manuel, esa nación había tenido por soberano á su hijo Juan III (1521) que no pensó más que en recobrar el poder absoluto. La dinastía de Avis tuvo por últimos representantes al infortunado Sebastián, que pereció en una expedición contra los moros de África (1578) y el cardenal Enrique. Este último era un santo obispo que había trabajado con celo en la reforma del clero, fundado escuelas y hospicios en favor de los pobres, y protegido las letras, recompensando á los hombres de

estudio, y creando colegios en Coimbra y Lisboa, así como una universidad en Évora. Pero cuando recogió el cetro, la edad había paralizado ya sus fuerzas, y no pudo ser más que espectador apenado de los debates que produjo la elección de su sucesor. Murió en 1580.

Seis pretendientes aspiraban á su corona, y de ellos el más poderoso era Felipe II. Sin esperar la decisión de las cortes portuguesas, el rey de España se captó la voluntad de la mayor parte de los nobles y envió al duque de Alba con 30.000 hombres á conquistar el país. Ese ilustre general llevó á cabo su empresa en tres semanas. La victoria de Alcántara y la dispersión de la escuadra portuguesa por el marqués de Santa Cruz sofocaron todas las resistencias. Felipe II se presentó el 15 de abril en Tomar, á celebrar sus primeras Cortes, y dos meses más tarde (15 de junio) hizo su entrada en Lisboa (1581).

Esa conquista duplicó las fuerzas de Felipe, realizando la unidad de la península ibérica, y extendiendo su dominación por multitud de posesiones lejanas, situadas en América, en África y en las Indias.

Relaciones de Felipe II con Inglaterra y Francia. — Desde la muerte de su mujer, la reina María, Felipe II se hallaba en oposición directa con Inglaterra. Isabel había desdeñado su mano, declarándose abiertamente por los protestantes. Felipe II prometió su apoyo á los católicos de Inglaterra, y negoció en París, en Lisboa, Viena y Roma en favor de María Estuardo. Por su parte, Isabel excitaba á los reformados en los Países Bajos, y sus bajeles empezaron á ejercer la piratería contra los buques españoles. La guerra estalló, con ocasión de la muerte de María Estuardo, y Felipe II fué vencido una vez más. Al saber ese desastre, el monarca español exclamó con resignación: « Doy gracias á Dios por haberme dado recursos para soportar esa desgracia. Una rama ha sido cortada del árbol, pero éste se halla todavía floreciente y la reemplazará. »

En efecto, la situación no era desesperada para Felipe. La muerte del duque de Guisa, que ocurrió poco tiempo más tarde (1588), le permitió abrigar la esperanza de llegar á sentarse un día en el trono francés.

Ya había mandado un socorro de 3.000 hombres á Montluc, cuando los protestantes entregaron el Havre á los ingleses y solicitaron el apoyo de sus hermanos de Alemania. Su influencia llegó al apogeo sobre todo durante el débil gobierno de Enrique III. Declaróse protector de la Liga, y no hubo nadie capaz de hacer contrapeso á su autoridad. El duque de Mayenne no tenía vigor bastante para proteger á los católicos, y los ligueros confesaban que primero obedecerían á un extranjero que á un hereje. Entonces fué París defendido por los españoles contra Enrique IV (1590); la facción de los Diez y seis se pronunció por Felipe, y los estados generales de 1593 propusieron que se reconociese como reina de Francia á la infanta Isabel. Pero la abjuración de Enrique IV destruyó todos esos proyectos, quitando á la Liga su razón de ser.

A partir de ese instante, Felipe II no experimentó en Francia más que reveses. La Liga se disolvió y las tropas españolas evacuaron París. No pudiendo reinar sobre Francia, Felipe quiso por lo menos desmembrarla, y al efecto reivindicó la Borgoña como descendiente de Carlos el Temerario, la Provenza como heredero de Fernando, y recordó los pretendidos derechos de su hija sobre la Champaña, la Bretaña, la Normandía, el Borbonesado y la Auvernia. Pero todo lo que logró fué excitar levantamientos sin importancia en algunas de esas provincias, y, después de la toma de Amiens, tuvo que reconocer á Enrique IV en Vervins, y restituirle las regiones por él conquistadas (1598).

Muerte de Felipe II. Decadencia y postración de España (1598). — Felipe II murió el mismo año. Ese gran rey, que tan gigantescos proyectos concibiera, no transmitió á sus sucesores más que un reino decadente y arruinado. Los esfuerzos que había tenido que hacer para conservar su autoridad en los Países Bajos le causaban tan irritante recuerdo, que antes de morir cedió sus derechos sobre esa región á su hija Isabel y á su yerno el archiduque Alberto.

Resumen de este capítulo. En el siglo XVI desempeñó España papel completamente opuesto al de Inglaterra. Isabel no se contentó con separar su reino de Roma, sino que sostuvo al partido protestante en toda Europa. Por el contrario, Felipe II fué

defensor del catolicismo; cerró España á las doctrinas de los innovadores, y combatió sus esfuerzos, no sólo en los Países Bajos, sino también en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Desgraciadamente, á la vez que defendía la fe, no fué insensible á la ambición, y, en medio de todas esas luchas, soñó con el imperio universal, que por un instante vislumbrara Carlos V.

I. Por lo demás, la extensión de sus Estados le permitía concebir vastos proyectos sin que pareciera proponerse fines superiores á sus fuerzas. Al principio de su gobierno, continuó contra Francia la lucha entablada por su padre, y la terminó gloriosamente, dos años después de su victoria de San Quintín, mediante el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Después de eso desplegó gran celo para mantener en todos sus pueblos la pureza de la fe. Descontentos por el modo como los trataba ese nuevo gobierno, los Países Bajos hallaron ahí motivo para rebelarse. Guillermo el Taciturno hizo firmar á los nobles el pacto ó compromiso de Breda (1564). Entonces los calvinistas se entregaron á deplorables excesos, pero Margarita de Parma logró sofocar la insurrección. La gobernadora aconsejaba á Felipe II la moderación; pero el duque de Alba hizo prevalecer la política contraria. Habiendo sido nombrado generalísimo de las tropas españolas, hizo su entrada en Bruselas (26 de agosto de 1567), y trató con extraordinaria severidad á cuantos le parecieron sospechosos. Guillermo se puso al frente de un ejército; pero el duque de Alba lo derrotó (1568). Esa victoria lo hizo tan insolente que ya no respetó á nadie. La Zelanda y la Holanda se alzaron en armas, y Guillermo el Taciturno nombrado stathouder (1572). Felipe II comprendió que debía quitar el mando al duque de Alba (1573) y lo dió á Requesens, que iba á comprometerlo todo con su debilidad é indecisión. En vano lo reemplazó por D. Juan, el vencedor de Lepanto. Ese nuevo general murió tal vez envenenado, después de ser vencido en Diemar (1578). Entonces las provincias del Norte se separaron del resto de los Países Bajos y las de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldre, Groninga, Frisia y Ower-Yssel formaron lo que se llamó república de las siete Provincias Unidas (1579).

II. En España, Felipe II desplegó la mayor severidad para mantener la autoridad religiosa. Los recursos de su vasto imperio eran tan grandes que, después de haber perdido parte de los Países Bajos y hecho enormes sacrificios para sostener esa guerra, pudo todavía llevar á cabo la conquista de Portugal, emprender un desembarco en Inglaterra é intervenir en la política interior de Francia. Portugal consolidó su poderío en la India cuando hubo muerto D. Manuel; pero como Juan III no dejase como sucesor más que un niño de tres años, el infortunado D. Sebastian (1557), este príncipe fué reemplazado á su vez por un anciano septuagenario (1378), el cardenal Enrique, que vió disputarse su herencia á multitud de pretendientes cuando él vivía aún. Felipe II, que era el más poderoso, pudo más que los otros, y la conquista de Portugal (1581) agregó á sus Estados multitud de posesiones en las distintas partes del mundo. Usó de su poderío contra Isabel poniendo al descubierto en todas partes los cálculos de su astuta política. Después de la muerte de María Estuardo, Felipe II lanzó contra Inglaterra una inmensa

escuadra, á la cual no hubiese podido resistir aquella si los vientos y las tempestades no la hubieran dispersado (1587). Felipe II había querido aprovechar las disensiones que entonces desgarraban la Francia, para llegar á apoderarse de su trono; pero la conversión de Enrique IV puso fin á todas las dificultades, y el tratado de Vervins cerró para siempre Francia á los españoles (1598). Felipe II murió en ese mismo año.

CAPÍTULO XXXI.

PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA; CARLOS IX; EL CANCELLER DE L'HOPITAL; LOS GUIZAS (1).

La reforma se introdujo en Francia bajo Francisco I, y efectuó con sus sucesores grandes progresos. Los reyes desplegaron gran severidad contra los innovadores, pero su falsa política paralizó ese celo que mostraban por la defensa y pureza de la fe. Mientras Francisco I y Enrique II perseguían á los reformados en Francia, los apoyaban en Alemania: esa conducta contradictoria, quitó toda eficacia á su acción. Por otra parte, muchos nobles se declararon en favor de los protestantes, creyendo sin duda que ese era el medio de llegar al poder supremo, reemplazando á la monarquía, casi absoluta entonces. Las pasiones políticas se ocultaron detrás de los intereses religiosos, y la guerra civil fué el fruto de esas disensiones. En tiempos de los débiles Francisco II y Carlos IX vamos á ver la odiosa política de Catalina de Médicis alimentar la discordia en beneficio personal de esa reina, y precipitar á Francia en los horrores de la anarquía.

§ I. — Principios de la reforma en Francia.

De la reforma bajo Francisco I (1520-1525).

— Las doctrinas de Lutero tuvieron al principio en Francia escaso eco. El poder real comprendió que el catolicismo era el único que podía defender el trono contra los facciosos que lo rodeaban. El pueblo no leía los libelos de los sectarios, y los teólogos se indignaban por sus atentados hasta tal punto que la Sorbona condenó en 15 de abril de 1521 las obras de Lutero, mandando quemarlas. El error no hizo presa en los

AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia, véanse las memorias contemporáneas de Montluc, Tavannes, la Noue, Castelnau, etc.; Audin, *Historia de Calvino*; de Haller, *Historia de la reforma protestante en la Suiza occidental*; Mainbourg, *Historia del Calvinismo*; Soulier, *id.*

comienzos más que en esos hombres superficiales, aficionados al estudio de las letras profanas, y que sólo conocían ligeramente la religión. El freno que la Iglesia imponía á las pasiones de los estudiantes, hizo que éstos se mostraran en su mayor parte favorables á las opiniones de los innovadores, y pronto la doctrina de Lutero halló defensores y apóstoles secretos, pero celosos, en las más célebres universidades. Luis Berquín tradujo en París el *Cautiverio de Babilonia*, y la ponzoña pasó de las escuelas á la corte que era muy licenciosa en aquella época. Los *Coloquios* de Erasmo, esa sátira animada y espiritual contra los monjes y el clero, eran leídos con avidez. Las damas y los gentiles hombres cantaban los salmos de Marot. Margarita de Navarra y Renée de Francia atraían á sus castillos á los jefes de la nueva religión, esperando hallar así prácticas menos molestas y moral más acomodaticia.

Francisco I se opone á la reforma (1525-1545).

— Es cierto que Francisco I se unió con los protestantes de Alemania contra Carlos V, obedeciendo á planes políticos; pero nunca aprobó sus doctrinas, en las cuales sólo veía gérmenes de anarquía, y por eso encargó al parlamento de impedir que se extendieran. En 1525 y 1526, se ordenó á los obispos que establecieran en su diócesis una comisión compuesta de dos laicos y de dos eclesiásticos para sofocar el error donde quiera que se manifestase. Al mismo tiempo se prohibió una traducción francesa de la Biblia, calcada sobre la de Lutero. Pero contra las personas no se ejerció acción alguna hasta 1535, época en que los protestantes pegaron en todas las paredes de París, y hasta en el mismo Louvre, un pasquín insultante. Ese libelo blasfematorio, que atacaba la misa y la transubstanciación, pareció revelar vasto complot; los principales autores de esa especie de conspiración fueron quemados ante la vista del rey y de la corte. Al año siguiente, Francisco I prohibió la imprenta, pero ante las observaciones del parlamento, se contentó con hacer censurar los libros. La facultad de París publicó el catálogo de los que sus doctores habían condenado desde la aparición del protestantismo. El rey sancionó